

de irreal, de mágico, de existencias vividas en una especie de sueño, que a ratos nos sorprende y nos desconcierta. El libro de Lidia Besouchet nos deja una sensación de agrado, de agri-dulce belleza, de inquietud y tortura, y de una sensación nove-dosa de la vida. Es una de esas novelas que se pueden leer de nuevo sintiendo el mismo deleite que cuando se leen por pri-mera vez.

Lidia Besouchet, escritora brasileña, residente en Buenos Aires, es una novelista cuyo nombre alcanzará muy pronto te-sonancia continental.—LUIS DURAND.

<https://doi.org/10.29393/At242-243-138GPLM10138>

GOLFO DE PENAS, por *Francisco Coloane* (Ediciones «Cultura» 1945)

Este breve libro de cuentos, hace pensar que la atrición derivada de la carrera espectacular por la fama, que aflige a nuestro mundo literario, aun permite la expansión de los talen-tos indudables. Entre la avalancha de malas poetisas que van de publicación en publicación con su retrato bajo el brazo y la comparsa de mediocres que busca espacio y alero para incli-narse mejor al poderoso, es muy grata la proyección de valo-res auténticos.

Llegó a mis manos este libro de Coloane, cuando recién cerraba «El silencio de Francia» de Vercors, autor anónimo francés, y, a pesar de que éste narra un trozo de la Francia en resistencia, el cambio fué tan brusco como pasar de un museo zoológico a la fruición desnuda de una carrera en el mar. El europeo se lee con agrado estético, con admiración técnica, con satisfacción dialéctica; después se olvida, como el secreto que se conoce, y deja en el ánimo un sabor añejo de aposento sin ven-tilación, de artesanía maestra, de vejez estéril. El iberoameri-cano se lee con mayor tropiezo; su estilo es descuidado, sin pu-

limento, al parecer no se han revisado las palabras en duda y la sintaxis se desastilla y llora, en no pocas circunstancias, sus leyes profanadas. Pero tras dicha estructura irregular, corre la vida, el color, la juventud.

Siempre una obra, una carta, un acento, expresados con sinceridad, definen la personalidad justa de su autor. No es algo nuevo. En «Los Karamasoff», está Dostoiewsky, pasional y vehemente, animal y sucio en Dimitri; liberal y racionalista en Iván, católico y resignado en Aliocha. Es posible que ninguno de ellos constituya la totalidad de un hombre de carne, sin embargo cada uno vitaliza un tipo humano que vale por muchos hombres y así como éstos viven y mueren rebosantes con las herencias ancestrales de sus antepasados, los personajes literarios encuadran la personalidad de su creador.

Si leemos a Mariano Latorre, descubrimos al hombre medurado y burlón que siente la grandiosidad del paisaje y la describe con sugerente maestría, hasta aniquilar, en la amplitud minuciosa del color y del ambiente, el alma de sus hombres. Si se estudia a Luis Durand, vemos que el paisaje se humaniza, que la descripción se diluye en un lirismo monocorde y que al envolver a los héroes los vivifica con procedimientos simples de gracia y sutileza, completando un dramatismo personal cálido y sobrio. Si observamos a Nicomedes Guzmán, nos salen al primer plano los héroes, con un desenfado trágico y total que sacude la sensibilidad del lector, pues define un naturalismo lírico que obtiene un beneficio estatuario de los detalles grotescos.

Francisco Coloane, es siempre un hombre de acción que, como tal, sólo nos deja el boceto inamovible de sus hechos memorables. Uno lo lee a la ligera, entretenido a veces, desorientado en otra oportunidad, y piensa que él también escribió a la ligera, movido por su indiscutible talento de narrador, por su genuina imantación artística, por la legítima órbita terrestre de su creación. Tal vez sea ésta una impresión derivada de la

inmensidad de su escenario anfibio, de la pequeñez que representa el hombre rascando una naturaleza hostil o accionando sin rubor por sus más profundos instintos, en zonas cuya soledad impide las barreras restrictivas de la civilización.

De este volumen grácil, compuesto de cuatro relatos, pueden engavillarse tres llenos de maestría: «Golfo de Penas» «Témpano Sumergido» y «La Botella de Caña». No se los contaremos al lector, pero ninguno decae de una tonalidad jugosa, abierta y viril, que hace su historia fidedigna. Debe pensarse qué alcance tendrían si estuvieran mejor escritos, si esa vitalidad que en otras perfecciones se echa de menos, apareciera equilibrada en una forma más culta y trascendente. Entonces bien podríamos comparar a Coloane con Alfonso Daudet. Este último sin poseer un alto pensamiento, tiene sitio entre los genios de Francia, a fuerza de ser un gran narrador.

No sería justo dejar sin mención la vestidura del libro, intencionada hacia una sobriedad arcaica, que aun puede superarse sin dificultad en ese terreno.

Bien se inicia con este «Golfo de Penas» la colección «La Honda» que dirige con esperanza y pasión juvenil, el novelista Nicomedes Guzmán.—LUIS MERINO REYES.